

“Bolivia: Indianismo, populismo y marxismo en los ciclos de rebelión”¹

Emanuel Correa (Prof. de Historia – UNLP)

Introducción

La llegada de Evo Morales Ayma a la Presidencia constituyó una ruptura histórica en la vida de Bolivia. En Diciembre de 2005, luego de trescientos años de dominación colonial y ciento ochenta de vida independiente, los bolivianos elegían por primera vez a un indígena como Presidente de la República. Este acontecimiento, que a primera vista podría aparecer revestido de una carga meramente simbólica, representa en realidad, a juicio de quien escribe, un hecho revolucionario. A fundamentar esta afirmación estará dedicado este trabajo.

La coyuntura abierta en Bolivia con el inicio del nuevo siglo puede considerarse desde diversas perspectivas. Desde el punto de vista de la temporalidad, por un lado, constituye la expresión de la crisis del Estado boliviano, la cual, de acuerdo con lo postulado por Luis Tapia, se presenta simultáneamente como crisis de larga (1825), media (1952) y corta (1985) duración²; y por otro lado, visto el mismo proceso desde la óptica del campo popular, corresponde respectivamente a la “memoria corta” (antineoliberal), la “memoria intermedia” (nacionalista revolucionaria) y la “memoria larga” (anticolonial)³.

En efecto, el proceso en curso puede ser considerado como una expresión de la profunda crisis del modelo neoliberal, introducido en Latinoamérica desde la década del 70, vigente en el país andino desde 1985 y

¹ Trabajo presentado en el seminario “Tensiones y conflictividad en torno a la cuestión de la tierra en América Latina. Siglo XX y comienzos del siglo XXI”, dictado por el Prof. Saúl Casas en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata en el año 2011.

² **Tapia**, L., “Movimientos sociales, movimiento societal y los no lugares de la política”, citado por **Fornillo**, B., “Intelectuales y política en la ‘Era Katarista’”, en Svampa, M., Stefanoni, P. y Fornillo, B. (comp)., *Debatir Bolivia. Perspectivas de un proyecto de descolonización*. Buenos Aires, Taurus, 2010, p. 69.

³ **Tapia**, L., citado por **Stefanoni**, P., “Las tres fronteras de la ‘Revolución’ de Evo Morales. Neodesarrollismo, Decisionismo, Multiculturalismo”, en: Svampa, M. y Stefanoni, P. (comp). *Bolivia. Memoria, insurgencia y Movimientos sociales*. Buenos Aires, CLACSO, 2007., p. 81

hegemónico durante los años 90⁴. En este aspecto, Bolivia constituiría un caso particular dentro de un proceso regional más amplio, signado por el ascenso de las luchas populares, la sucesión de agudas crisis políticas y la emergencia de nuevos gobiernos y proyectos políticos *posneoliberales*.⁵

Visto desde la “temporalidad media”, el fenómeno analizado se presenta como síntoma del agotamiento del proyecto iniciado con la Revolución Nacionalista de 1952, que intentó consolidar el Estado-Nación boliviano en base a la inclusión de los sectores más postergados de la población -particularmente del campesinado- y la homogeneización de la ciudadanía bajo el paradigma de la *Nación Mestiza*.

Por último, representa también una evidente ruptura considerado desde la larga duración, por significar el fin del control del Estado por parte de una minoría blanco-mestiza en un territorio mayoritariamente indígena, situación vigente -amén de las diversas transformaciones ocurridas en la convulsionada historia del país- desde la independencia en 1825.

A pesar del elemento de continuidad señalado en último término, Bolivia es una de las naciones latinoamericanas más veces “refundada” en su historia, registrando 18 reformas constitucionales en los siglos XIX y XX. Este dato evidencia no sólo la debilidad de las élites para consolidar un proyecto

⁴ Bolivia, junto con la Argentina, fue uno de los países latinoamericanos que aplicó de manera más profunda y sistemática las recetas del “consenso de Washington”, y el primero en hacerlo en el marco del régimen democrático. Luego de la fallida gestión de Hernán Siles Suazo, de la coalición de izquierda Unidad Democrática Popular (1982-85), que debió abandonar anticipadamente el poder, el gobierno retornó a manos del histórico Movimiento Nacionalista Revolucionario de Víctor Paz Estenssoro. Esta gestión se caracterizó por la liquidación de diversas conquistas sociales logradas, paradójicamente, en los primeros gobiernos *emenerristas* posteriores a la Revolución de 1952, encabezada por el mismo Paz Estenssoro. Entre sus medidas más drásticas pueden mencionarse la privatización de YPFB, empresa petrolera nacional, y la “relocalización” –despido- de más de 20.000 mineros del estaño, además de las consabidas medidas de apertura económica y austeridad fiscal que liquidaron las anteriores condiciones de relativa movilidad social.

⁵ Esta denominación genérica, laxa si se quiere, pretende hacer abstracción de las particularidades de cada país y de la resultante heterogeneidad de los procesos políticos abiertos en cada uno de ellos. Dentro de este marco podrían inscribirse los casos de Venezuela (desde el *Caracazo* de 1989 al triunfo de Hugo Chávez en 1998), Ecuador (desde la marcha de los pueblos originarios en 1990 y las insurrecciones populares que derrocaron a los gobiernos de Abdalá Bucaram -1997-, Jamil Mahuad -2001- y Lucio Gutiérrez -2005-, hasta el ascenso de Rafael Correa en 2007) y la Argentina (desde el levantamiento popular de Diciembre de 2001 hasta la emergencia del Kirchnerismo a partir de 2003). El caso argentino presenta la particularidad de que el proyecto *posneoliberal* surge desde el interior de uno de los partidos tradicionales, otrora artífice del modelo neoliberal, a diferencia de Bolivia, Ecuador y Venezuela, países en los que se produjo la “implosión” de los sistemas de partidos políticos del siglo XX. Dentro de esta nueva coyuntura regional debe inscribirse también el triunfo del Frente Amplio en Uruguay (2004) y el del Partido de los Trabajadores en Brasil (2002), aunque su ascenso no haya estado precedido por grandes convulsiones sociales. Por último, los casos de Perú y Paraguay presentan una complejidad mayor, por lo cual sería aventurado incluirlos en esta breve enumeración.

hegemónico, sino también la excepcional vitalidad del campo popular y su capacidad para articular acciones contestatarias.

Este último factor abre otra perspectiva desde la cual comprender el arribo del Movimiento al Socialismo de Morales al Palacio Quemado, el cual, según intentaré demostrar, puede ser visto como la condensación de las diversas corrientes en que se encauzaron las luchas del pueblo boliviano durante el siglo XX o, en palabras de Álvaro García Linera, -uno de los más destacados intelectuales del país y actual Vicepresidente-, de las principales *concepciones del mundo de carácter contestatario y emancipador* surgidas en ese país.⁶

Entre estas “concepciones del mundo” debemos mencionar, en primer lugar, al nacionalismo revolucionario o corriente nacional-popular, que se convirtió en la ideología hegemónica en el Estado y la sociedad civil bolivianos luego de la Revolución de 1952. Expresada políticamente en el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), esta corriente prevaleció entre el campesinado, los sectores medios urbanos y las Fuerzas Armadas, actores clave en la política del país andino hasta 1985.

En segundo lugar, el marxismo clásico de corte obrerista cumplió también un importante rol en la vida política boliviana. Introducido por sectores de la intelectualidad a principios del siglo XX, fue ganando adhesión en el movimiento obrero hasta convertirse en su ideología predominante. La clase obrera -acaudillada por el movimiento minero y nucleada en la poderosa Central Obrera Boliviana (COB)- tuvo un rol de primer orden en la Revolución de 1952, y las expresiones políticas del marxismo ortodoxo, como el stalinista Partido de Izquierda Revolucionaria (PIR) y el trotskista Partido Obrero revolucionario (POR), desempeñaron un papel considerable en la escena política y sindical en el periodo 1952-1985.

Estas dos expresiones político-ideológicas tuvieron más puntos de contacto de lo que podría imaginarse en una primera aproximación. Ambas fueron ideologías de modernización industrial en lo económico y de consolidación del Estado nacional en lo político, objetivos en función de los cuales postularon la sustitución de las relaciones de producción “tradicionales”

⁶ **García Linera**, A. “Indianismo y marxismo, el desencuentro de dos razones revolucionarias”, en *La potencia plebeya*. Buenos Aires, Prometeo, 2008. pp. 373-392.

-en especial la comunidad campesina originaria- por relaciones económicas modernas, así como la homogeneización cultural de la población en función de la cohesión nacional-estatal de la sociedad.⁷

La tercera vertiente político-ideológica que nutre al torrente social y político que llevó a Morales a la presidencia surgió en la década del 70 del siglo pasado, en buena medida como producto de la crisis de las dos expresiones mencionadas anteriormente. Se trata del indianismo *katarista*⁸, ideología de fuerte reivindicación identitaria y rechazo frontal a un Estado considerado como instrumento de opresión colonial. La emergencia del katarismo da cuenta de las limitaciones del marxismo y el nacionalismo revolucionario para dar respuesta a las aspiraciones de los pueblos originarios, a los cuales se pretendía colocar bajo la tutela del proletariado o bien integrar genéricamente en el universo del campesinado.

Partiendo del marco teórico brindado por distintos investigadores, este trabajo analizará brevemente el desarrollo histórico de estas tres “concepciones del mundo”, su inserción en las “tres temporalidades” de las luchas y la memoria populares en Bolivia y su influencia –en general híbrida y contradictoria- en el actual proceso político, iniciado con las sublevaciones de comienzos de siglo y consumado con la asunción de Evo Morales.

1.- Marco teórico general

Una de las particularidades del movimiento político y social emancipatorio que se desarrolla en Bolivia es que cuenta, desde su irrupción, con el apoyo de un grupo de intelectuales que cumplen un rol destacado como “intérpretes” o “traductores” de las heterogéneas demandas del campo popular. Nucleados en el grupo *Comuna*, estos intelectuales comenzaron a reunirse en el año 2000, que con la “guerra del agua”⁹ marcó el inicio de un ciclo casi ininterrumpido de levantamientos populares. Al cabo de cada oleada de rebelión popular, el grupo *Comuna*, que contaba entre sus principales figuras a Álvaro García Linera, Luis

⁷ *Ibid.*, p. 376

⁸ Esta corriente debe su nombre a la memoria de Túpac Katari, quien en 1780 encabezó la más importante sublevación indígena contra la dominación colonial en el Alto Perú, actual Bolivia. El mismo año, Túpac Amaru se sublevó en el Perú.

⁹ La “guerra del agua” fue, luego de más de 15 años de derrotas y retroceso de las reivindicaciones populares, la primera lucha triunfante contra el neoliberalismo, en la cual la población de Cochabamba, a través de una sublevación urbana y rural, logró anular y revertir la privatización del servicio de suministro de agua y expulsar a la empresa concesionaria, controlada por la multinacional francesa Bechtel.

Tapia y Raúl Prada, publicaría una serie de escritos destinados a comprender, procesar y potenciar las demandas populares.¹⁰

Contando con la posibilidad de disponer de estas elaboraciones, realizadas al calor del proceso en curso, se hará especial hincapié en las mismas como marco teórico general. A tal efecto, es útil comenzar con el artículo de Luis Tapia sobre los *ciclos y estructuras de rebelión* en Bolivia¹¹, en el cual el autor elabora varios conceptos teóricos. En primer lugar, define a las rebeliones populares como momentos de *aceleración del tiempo político y cambio social*, en los cuales opera lo que define como *estructuras de rebelión*. Estas estructuras de rebelión son una articulación de varias dimensiones: las formas de organización, una historia y experiencia común y compartida, un proceso de acumulación histórica, un proyecto político, una constitución identitaria, etc.

Por otra parte, cada sociedad tiene determinadas *estructuras de conflicto* que se van constituyendo históricamente. En el caso de Bolivia, los clivajes más importantes son *las relaciones de dominación o dimensión colonial*, es decir, la dominación racial de la minoría blanco-mestiza sobre la mayoría indígena, y *las relaciones de explotación o clivajes clasistas* propios de la economía capitalista.

Otro aspecto en que Tapia hace especial hincapié es la memoria como elemento de afirmación identitaria. Memoria y proyecto, desde su perspectiva, constituyen un horizonte común y son parte de una misma construcción de la subjetividad, que se plasma en las estructuras de rebelión. Esto se articula con la distinción que mencionáramos en la introducción de este trabajo, acerca de la “memoria larga” -ligada evidentemente al *clivaje colonial*-, la “memoria intermedia” y la “memoria corta” -ligadas estas últimas al *clivaje clasista*.

En un sentido similar, Álvaro García Linera analiza la sublevación indígena y popular de Octubre de 2003¹², la cual produjo en el Estado

¹⁰ **Fornillo, B.**, *op. cit.*, pp. 68-70

¹¹ **Tapia, L.** “Bolivia, ciclos y estructuras de rebelión”. En *Bolivia. Memoria, insurgencia y Movimientos sociales...*, pp. 171-188

¹² **García Linera, A.** “La sublevación indígena popular en Bolivia”. En: *Chiapas* n° 16, México, ERA- II Ec., 2004. pp. 125 – 142. La rebelión de Octubre, conocida como “la guerra del gas”, estaba orientada inicialmente a impedir el proyecto de exportar ese recurso natural (principal riqueza del país) a los Estados Unidos por puertos chilenos. En su enfrentamiento con la brutal represión estatal, la protesta se radicalizó hasta el punto de forzar la renuncia y el exilio del presidente Gonzalo Sánchez de Lozada. Esta sublevación profundizó la crisis política abierta en 2000 con la “guerra del agua”,

boliviano una *crisis de corta duración* -la crisis del Estado neoliberal, ligada a la *estructura de conflicto* “clasista o de explotación” de Tapia-, y una *de larga duración* -la crisis del Estado monocultural, relacionada con la *estructura de conflicto* “cultural o de dominación”. Otro concepto que aporta el autor en este artículo es el de los *repertorios de movilización* presentes en la sublevación de Octubre. Este concepto se refiere al hecho de que la acción indígena y popular recuperó métodos de lucha utilizados durante las rebeliones del siglo XVIII, como el bloqueo de caminos, a la vez que elaboró repertorios novedosos como la subordinación de las instituciones estatales a la lógica comunitaria.

También a García Linera debemos un muy lúcido análisis acerca del papel desempeñado por las sucesivas *concepciones del mundo de carácter contestatario y emancipador* surgidas al calor de las luchas del pueblo boliviano, tanto de sus potencialidades como de sus limitaciones. Este análisis, plasmado en el artículo “Indianismo y marxismo, el desencuentro de dos razones revolucionarias”¹³, servirá como guía de la exposición en el siguiente apartado.

Con estas elaboraciones como base teórica, veamos a continuación cómo se desplegaron, en las distintas *temporalidades* de la lucha y la memoria del pueblo boliviano, las dos *estructuras de conflicto* que cruzan la historia del país y, en ese marco, cómo se articularon las *estructuras de rebelión* y los *repertorios de movilización* con las distintas *concepciones del mundo contestatarias y emancipatorias* del campo popular.

llevándola a un punto sin retorno, y de ella surgió la denominada “agenda de Octubre”, en la que se corporizaron las principales demandas del movimiento popular: la nacionalización de los hidrocarburos y la convocatoria a una Asamblea Constituyente.

¹³ **García Linera, A.**, “Indianismo y marxismo...” En general, la obra de García Linera tiene como hilo conductor la lucha por despojar al marxismo de toda rémora evolucionista y dogmática, para transformarlo en una herramienta teórico-política aplicable a la realidad de la Bolivia profunda, indígena, comunitaria y campesina. Este carácter inscribe a la producción del autor en la más rica tradición del marxismo latinoamericano, iniciada a principios del siglo XX por el *Amauta* José Carlos Mariátegui. Acerca de la trayectoria de García Linera, véase el prólogo de Pablo Stefanoni al libro *La potencia plebeya* (cit. nota 5)

2.- Populismo, marxismo e indianismo en el siglo XX

En su artículo “Indianismo y Marxismo”, García Linera detecta la presencia de cinco “concepciones del mundo” de carácter contestatario y emancipador durante el siglo XX boliviano. Las dos primeras, el anarquismo del movimiento obrero primitivo y el indianismo de resistencia surgido de la derrota de las sublevaciones del siglo XIX, fueron perdiendo presencia con el desarrollo de la modernidad capitalista, siendo eclipsadas por las tres restantes, en las cuales se concentra el análisis del autor: el nacionalismo revolucionario, el marxismo primitivo y el indianismo katarista.

La experiencia populista: *Nación mestiza y campesinización* del indio.

La corriente nacional-popular surge de la aguda crisis abierta en el Estado boliviano por la derrota en la Guerra del Chaco (1932-35), en la que el país pierde parte de su territorio a manos del Paraguay.¹⁴ El descontento general por la derrota y el costo de la guerra agudizó las tensiones en todo el cuerpo social, situación que se tradujo en los primeros esbozos de una ideología que cuestionaba el carácter elitista del Estado boliviano, manejado casi sin mediaciones por “*la rosca*” oligárquica encabezada por los magnates del estaño.

Surgida de las clases medias letradas, esta corriente plantea la necesidad de modernizar y reconstruir un Estado verdaderamente nacional, ganando rápidamente influencia en un ejército en crisis. En el período 1935-1952, signado por la inestabilidad y la agudización del conflicto social, surgirán gobiernos como los de David Toro, Germán Busch y Gualberto Villarroel, que esbozan algunos principios y orientaciones nacionalistas, como la caducidad de las concesiones de la Standard Oil y la creación de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, en el marco del denominado “socialismo militar”. Sin embargo, estas primeras experiencias terminan trágicamente, con una violenta reacción oligárquica.¹⁵

¹⁴ Como en la mayoría de los conflictos fratricidas de la historia de Nuestramérica, la embajada de los Estados Unidos tuvo un papel fundamental en las intrigas que condujeron a la Guerra paraguayoboliviana. Este rol fue protagonizado en Bolivia por un personaje de larga trayectoria diplomática, que sabía combinar sus misiones oficiales con su condición de miembro y lobbista de las grandes compañías norteamericanas (en este caso, la Standard Oil, interesada en los yacimientos petrolíferos de la zona en disputa). Se trata de un personaje que, una década más tarde y sin quererlo, se ganaría un modesto lugar en la memoria del pueblo argentino: Spruille Braden.

¹⁵ Para una cronología detallada de este período y de la Revolución del ‘52, véase **Mires**, Fernando. *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*. México, Siglo XXI, 1988. Cap. 4. “Bolivia: La revolución obrera que fue campesina”, pp. 158-223

Finalmente, en 1952, con la revolución protagonizada por los mineros y campesinos insurgentes, que logran derrotar a las fuerzas armadas regulares, la corriente nacional-popular, representada por el MNR de Víctor Paz Estenssoro, logra consolidarse en el poder estatal y hacerse hegemónica entre las fuerzas populares. En palabras de García Linera, es una *concepción del mundo emitida desde el Estado, que creará una hegemonía político-cultural de treinta y cinco años*¹⁶. A través de medidas como la nacionalización de las minas de estaño (por entonces, principal riqueza del país), la reforma agraria, el voto universal y la educación popular gratuita, que se extiende a las zonas más remotas, el Estado Nacionalista promueve diversos mecanismos de inclusión y movilidad social.

Sin embargo, la convocatoria a la organización y sindicalización del campesinado, uno de los actores clave del proceso, se realizaba desde una prédica nacionalizadora y homogeneizante, apuntando a una creciente desetnización del discurso e ideario campesinos y apostando a la inclusión del indio en el proyecto de cohesión cultural mestiza irradiado desde el Estado, así como a la conversión de los nacientes sindicatos campesinos en la base de apoyo del Estado nacionalista¹⁷.

“Si bien es cierto que las *elites* coloniales, preservadas con la república, jamás abandonaron, y cuando pudieron lo llevaron a cabo, el íntimo deseo del exterminio físico de la población indígena, la prédica nacionalista ha sido la que mayores estragos ha provocado en la continuidad material y espiritual de las entidades colectivas indígenas. Arropado en una extraordinaria predisposición popular antioligárquica, el Estado nacionalista cristalizó el proceso de delegación centralizada de soberanías públicas en manos de un equipo de funcionarios profesionales, que a la larga resultó el más exitoso de los últimos siglos. Para que funcionara esta sumisión, que cautiva ya no los cuerpos sino las almas de la gente, se precisaba (...) la uniformización del sentido popular de totalidad social imaginada (...). Y qué mejor para esta *taylorización* del espíritu social que la igualación compulsiva a través de la propiedad privada, la ley, la escolarización universal, el servicio militar y las restantes tecnologías de ciudadanía estatalizada, que comenzaron a funcionar una vez dispersado el humo de la insurrección de abril [de 1952]. (...). Todo lo que se opone a este achatamiento homogeneizador, será catalogado (...) como apátrida, comunista, subversor, salvaje.”¹⁸

Será contra esta tendencia homogeneizante, que transforma al “indio” despreciado por el Estado oligárquico, en “campesino” sindicalizado¹⁹,

¹⁶ **García Linera**, *op. cit.*, p. 374

¹⁷ *Ibid.*, p. 379

¹⁸ **García Linera**, “Narrativa colonial y narrativa comunal. Un acercamiento a la rebelión como reinención de la política” (1998), en *La potencia plebeya...*, p. 194

¹⁹ **Do Alto**, Herve, “Cuando el nacionalismo se pone el poncho. Una mirada retrospectiva a la etnicidad y la clase en el movimiento popular boliviano (1952-2007), en *Bolivia. Memoria, insurgencia y Movimientos sociales...*, p. 23.

invisibilizando la complejidad étnica y cultural boliviana, que se alzaría, años más tarde, el discurso reivindicativo del indianismo katarista.

Por otra parte, el ala más conservadora del MNR, que veía con preocupación el radicalismo del proletariado minero, nucleado en la COB e influenciado por el marxismo, recurrió como “contrapeso” a la coalición entre las reconstituidas Fuerzas Armadas y la dirigencia de los sindicatos campesinos patrocinados por el Estado, en lo que se conoció como el Pacto Militar-Campesino de 1964. Esta reconfiguración de las fuerzas sociales provocaría el aislamiento del movimiento minero y una profunda división en el campo popular, que recién comenzaría a revertirse con la sublevación antidictatorial de 1979.²⁰

Del “marxismo primitivo” al marxismo crítico

Según refiere García Linera, el marxismo fue introducido en Bolivia desde los años 20 del siglo pasado por intelectuales aislados, como Tristán Maroff. En los 40, al calor de la organización de los vastos contingentes de obreros de la minería, surgen corrientes marxistas que disputan por la hegemonía ideológica y la influencia sindical sobre el proletariado. (Las principales corrientes, como ya fuera mencionado, fueron el stalinista PIR y el trotskista POR).

Pese al radicalismo de su discurso, este marxismo coincidía con el nacionalismo revolucionario en principios básicos, como la necesidad histórica del desarrollo de la modernidad capitalista y su imposición sobre las relaciones de producción “primitivas”. En los hechos, como sostiene el autor, este marxismo actuará como una suerte de nacionalismo revolucionario radicalizado, ya que, por mucho que en los congresos mineros o fabriles se aprobara el programa de transición trotskista (las famosas “Tesis de Pulacayo” de 1952), en la práctica política el marxismo terminaba subordinado a la estrategia movimientista²¹. Eso fue lo que sucedió luego de la Revolución Nacionalista, cuando la COB y el POR adoptaron una postura de “apoyo crítico” al gobierno del MNR.

De todas formas –prosigue el autor-, el marxismo llegó a formar una cultura política extendida en sectores obreros, asalariados y estudiantiles, basada en la primacía de la identidad obrera por encima de las otras identidades populares. Esta posición, tributaria de los esquemas de los manuales soviéticos,

²⁰ *Ibid.*, pp. 26-27

²¹ **García Linera**, “Indianismo y marxismo...”, p. 376

sostenía la “inferioridad” histórica de las sociedades campesinas mayoritarias en el país. La dogmática lectura “clasista” de la realidad agraria se hará desde el esquema de la propiedad, en virtud del cual trabajadores directos quedan rotulados como “pequeños burgueses” de dudosa fidelidad revolucionaria. Para este marxismo, no existirán ni la comunidad campesina ni cualquier otra identidad social que no sea la estrictamente económica. Los repertorios culturales de las clases sociales, la diversidad identitaria o la existencia de naciones y pueblos indígenas serán un no-lugar en la literatura y estrategia izquierdistas.²²

Hacia fines de los ochenta, algunas expresiones de izquierda intentarán abordar estas problemáticas, pero lo harán de manera superficial. Será recién a fines del siglo XX y comienzos del XXI –no casualmente, al calor del ascenso de las luchas contra el neoliberalismo, en las que el sujeto indígena comienza a adquirir un rol preponderante-, cuando desde el marxismo se encare una relectura mucho más exhaustiva de la temática indígena y comunitaria, dando lugar al surgimiento del nuevo *marxismo crítico* que buscará una reconciliación entre esta tradición político-ideológica y el indianismo.²³

El regreso de Túpac Katari. Reemergencia de la identidad indígena

Como hemos visto hasta aquí, en un país compuesto por amplias mayorías indígenas, las principales *concepciones del mundo de carácter contestatario y emancipador* no brindaban a esas mayorías una respuesta específica. La prédica del Nacionalismo Revolucionario apelaba al indígena en tanto “campesino”, al cual pretendía incluir en su proyecto mediante la sindicalización y, en el mejor de los casos, el acceso a la tierra en carácter de propietario individual, a la vez que lo invisibilizaba culturalmente por medio de la ideología de la *Bolivia Mestiza*. Por su parte, el marxismo obrerista mantenía una actitud de superioridad y desconfianza hacia el indio, al cual se consideraba “desprovisto de conciencia revolucionaria”, prejuicio que se acentuó con la firma del Pacto Militar-Campesino²⁴.

²² *Ibid.*, pp. 376-377

²³ *Ibid.*, p. 378

²⁴ **Do Alto**, H., *op. cit.*, p. 27

Frente a este vacío teórico y político respecto de un aspecto tan crucial de la realidad boliviana, en la década del 70 comienza a cobrar forma el katarismo, un nuevo proyecto emancipatorio que con el tiempo se sobrepondrá al marxismo y al nacionalismo revolucionario. De hecho, como sostiene García Linera, el emergente indianismo deberá afirmarse en un combate ideológico contra dichas corrientes, que negaban la temática comunitaria agraria y étnico-nacional como fuerzas productivas políticas capaces de regenerar la estructura social.²⁵

A pesar de ser la ideología contestataria de más reciente aparición, el katarismo es la que con mayor énfasis apela a la “memoria larga”, ya que se basa en primer lugar en una relectura y *reinvenición* de la historia desde la perspectiva de los pueblos originarios. Según refiere García Linera, el desarrollo de esta corriente pasó por tres etapas.

La *etapa formativa* del discurso indianista está signada por el surgimiento de una intelectualidad aymara que había accedido a los circuitos de escolarización superior en las ciudades, pero sin perder los vínculos con las comunidades de origen. Entre estos intelectuales se destaca la figura de Fausto Reinaga, quien desde sus escritos propone una revisión global de la historia boliviana y una nueva concepción política en que la *indianidad* (y no la clase) es el eje articulador y el sujeto histórico fundamental.

La obra de Reinaga resultará vital para la construcción de la nueva identidad indígena, configurada en buena medida en oposición a la Bolivia mestiza y colonial, así como también a un marxismo fuertemente asociado al proyecto homogeneizante y modernista del Estado. De hecho, en los escritos de Reinaga el marxismo será parangonado con el cristianismo, en tanto instrumento ideológico de la dominación colonial²⁶. El “desencuentro” al que se refiere García Linera, al parecer, no hacía más que profundizarse.

Sin embargo, desde la década del 70, el katarismo se hará fuerte en la nueva Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), cuya fundación simboliza la ruptura del movimiento campesino con el Estado nacionalista y un cierto acercamiento al movimiento obrero. En 1979, esta nueva organización protagonizará, en coordinación con una huelga de la COB, el primer gran bloqueo de caminos, un *repertorio de movilización*

²⁵ **García Linera**, A. *op. cit.*, p. 378

²⁶ *Ibíd.*, p. 381

rescatado de la “memoria larga” y que será clave en las décadas siguientes. En los hechos, no obstante, las reivindicaciones de tipo clasista y económico siguen predominando por sobre las étnico-nacionales, situación que recién se revertirá en el *ciclo de rebelión* abierto en 2000.²⁷

A esta primera *etapa formativa* le sucede una fase de *cooptación estatal*, coincidente con el avance neoliberal de las décadas del 80 y 90. En esta etapa el Estado adopta, en consonancia con los lineamientos propuestos por ciertos organismos internacionales (como el Convenio 169 de la OIT), una política de “integración” y “aceptación” de la diversidad cultural. En 1993 el candidato del MNR, Gonzalo Sánchez de Lozada, lleva como compañero de fórmula a Víctor Hugo Cárdenas, dirigente katarista aymara, quien acepta la candidatura sin consultar a sus bases, resultando electo como primer Vicepresidente indígena en la historia de Bolivia, en lo que parecía anunciar la “muerte” del katarismo como corriente contestataria.

Un año después se modifica la Constitución Nacional, reconociendo el carácter “multiétnico” y “pluricultural” del Estado Boliviano, y posteriormente se sanciona la Ley de Participación Popular, que habilita mecanismos de ascenso social local que canalizan (y desvirtúan) la acción de parte de la intelectualidad indígena, tornándola inofensiva para el Estado. Para García Linera, se trata de un momento de reacomodamiento de las fuerzas y corrientes internas del movimiento indígena y amansamiento de los discursos de identidad a los parámetros emitidos por el Estado liberal, en un marco de escasa movilización de masas.²⁸

En el tercer y último período, que comienza a fines de los 90, el katarismo se transforma finalmente en *estrategia de poder*, ya que deja de ser una ideología de resistencia para expandirse como una *concepción del mundo protohegemónica*, disputando la capacidad de dirección cultural y política de la sociedad a la ideología neoliberal predominante durante 18 años. Con el inicio del nuevo siglo, el indianismo se torna la *concepción del mundo emancipatoria* más influyente del país, erosionando rápidamente la hegemonía neoliberal y convirtiéndose en el núcleo discursivo y organizativo de lo que García Linera

²⁷ *Ibíd.*, pp. 381-382; **Tapia**, L., *op. cit.*, p.

²⁸ **Do Alto**, H., *op. cit.*, p. 38; **García Linera**, A. *op. cit.*, p. 387

denomina la “nueva izquierda”.²⁹ Como estrategia de poder, este indianismo en ascenso, que cohesiona una fuerza de masa movilizable tanto insurreccional como electoralmente, se expresó en dos vertientes, cuya comparación es esclarecedora para comprender el posterior desarrollo de los acontecimientos.

En primer lugar, surge una corriente moderada, expresada en el Movimiento al Socialismo – Instrumento Político para la Soberanía de los Pueblos (MAS-IPSP) y articulada en torno a los sindicatos del Chapare encabezados por Evo Morales. En esta corriente persiste fuertemente el discurso campesinista, que recién en los primeros años del siglo XXI adquiere connotaciones étnicas.

El MAS-IPSP apuesta a un abanico amplio de alianzas para la articulación de un “instrumento político” electoral, estrategia en función de la cual reivindica la inclusión de los pueblos indígenas, a la vez que cultiva un perfil antiimperialista y de defensa de la dignidad nacional, frente a las pretensiones de las multinacionales y la ingerencia de los Estados Unidos en las políticas de erradicación de la hoja de coca. (Aunque respecto de este conflicto, también se apelará al repertorio discursivo del indianismo, al defender el carácter “sagrado” de la hoja de coca, incluso en regiones en las que no se cultivaba tradicionalmente).

Desde una discursividad en general más cercana a la tradición nacional-popular y al marxismo “clásico” que al katarismo, aunque sin descuidar el recurso a este último, esta corriente logró recepción en un amplio espectro social, lo cual se tradujo en su éxito como fuerza electoral.³⁰

La segunda expresión del katarismo es la corriente encabezada por Felipe Quispe, dirigente de la CSUTCB y del Movimiento Indígena Pachakuti (MIP), que al momento de la insurrección de Octubre de 2003 contaba, al igual que el MAS-IPSP, con un importante poder de movilización y, al mismo tiempo, con presencia parlamentaria. Esta corriente sostiene un proyecto indianista radical, que en más de una ocasión ha sido acusado de “racismo al revés”, por proponer una indianización total de las estructuras de poder político, de acuerdo a la cual los *q’aras* (blanco-mestizos), en calidad de minorías, son quienes

²⁹ *Ibid.*, p. 388

³⁰ *Ibid.*, p. 390; Do Alto, H., *op. cit.*, p. 35-36

deberían negociar sus modos de inclusión en un Estado gobernado por las mayorías indígenas.

Si bien la temática campesina conserva su presencia en este repertorio discursivo, se halla claramente subordinada a la reivindicación étnica, posicionamiento que sitúa a esta corriente en la línea iniciada por Fausto Reinaga. Esta apelación indianista “pura” obtuvo una gran adhesión en la población aymara, pero tenía una efectividad relativa como herramienta política a la hora de lograr hegemonía sobre otros sectores sociales, por lo que puede considerarse a este discurso como un *indianismo nacional aymara*³¹.

El ciclo de rebelión abierto con la “guerra del agua” de abril de 2000 pondrá a prueba a estos dos proyectos como alternativa de poder ante el colapso del Estado neoliberal y las demandas de las masas movilizadas. Como veremos a continuación, el dispar éxito de su prédica tuvo que ver, en buena medida, con su mayor o menor capacidad de apelar a las diferentes tradiciones presentes en la memoria del movimiento indígena y popular boliviano.

3.- De la defensa del agua al Palacio Quemado. Indianismo, populismo y marxismo en la Bolivia del siglo XXI

Desde las categorías teóricas expuestas en el primer apartado, Luis Tapia analiza el *ciclo de rebelión* iniciado en 2000. A diferencia de las rebeliones de 1952 y 1979, en las que el eje articulador había sido el imaginario nacional-popular y democrático y las *estructuras de rebelión* predominantes eran el sindicato o los partidos políticos, en el nuevo proceso la comunidad indígena ocupa un lugar central, junto a un nuevo concepto de Nación articulado desde una concepción pluricultural y pluriétnica. En este contexto, los sucesivos levantamientos populares dan origen a nuevas *estructuras de rebelión*, como la Coordinadora de Defensa del Agua y la Vida en 2000 y, sobre todo, las Juntas Vecinales de la ciudad de El Alto en 2003, en las que el movimiento indígena desarrolla un rol protagónico³².

³¹ **García Linera**, A. *op. cit.*, p. 390; **Do Alto**, H., *op. cit.*, p. 30

³² **Tapia**, L., *op. cit.*, pp. 184-186. Sobre el papel determinante que tuvo la ciudad de El Alto en la rebelión de Octubre de 2003, véase **Ticona Alejo**, E. “La Rebelión aymara y popular de octubre de 2003. Una aproximación desde algunos barrios paceños de La Paz, Bolivia”. En Dávalos, P. (comp). *Pueblos Indígenas, Estado y Democracia*. Buenos Aires, CLACSO, 2005. En su análisis, Ticona Alejo dedica especial atención a la dinámica organizativa de las Juntas Vecinales y la Fe.Ju.Ve. Desde las categorías propuestas por Tapia, podría decirse que el análisis de Ticona Alejo es una demostración empírica de

En rigor, según sostiene Tapia, en la coyuntura 2000-2005 se desplegaron de manera simultánea y paralela *dos ciclos de rebelión*, ya que en ella se combinaron la perspectiva nacional-popular, centrada en la recuperación de los recursos naturales y, como nuevo elemento determinante, la lucha de los pueblos indígenas –sobre todo quechua y aymara- por su autodeterminación frente al Estado dominado por la élite blanco-mestiza. El hecho de que la problemática indígena haya dejado de estar restringida al ámbito rural, como demuestra la combatividad de la “ciudad aymara” de El Alto, ha sido un factor gravitante en este nuevo escenario³³.

Como puede verse, la excepcionalidad de este periodo está dada por la articulación de las dos *estructuras de conflicto (colonial y clasista)* que cruzaron la historia boliviana -por lo menos- desde la independencia. No son ya las clases subalternas surgidas del desarrollo capitalista (el proletariado minero y el campesino propietario) luchando por la distribución de la renta nacional; ni las comunidades originarias estallando en solitarias sublevaciones locales contra la marginación social y política. Son ambas estructuras, desplegándose en forma concurrente, las que producen la bancarrota simultánea del modelo neoliberal, el mito de la “Nación Mestiza” y el Estado colonial, es decir, la *crisis del Estado boliviano en la corta, media y larga duración*.

El movimiento indígena y popular boliviano, apelando a la *memoria larga*, la *memoria intermedia* y la *memoria corta*, y a los distintos *repertorios de movilización* a ellas asociados, logró, en un lapso de cinco años, tiempo brevísimo desde el punto de vista histórico, revertir un ciclo de décadas de derrotas y retrocesos e investir con la Primera Magistratura de la República a un líder que reúne en su persona las condiciones de dirigente sindical, campesino e indígena.

En este sentido, el acierto de la corriente “indianista de izquierda” dirigida por Evo Morales fue su capacidad de sostener un discurso de fuerte raíz indígena, a la vez que recogía la memoria nacional-popular, marxista y de izquierda construida durante el siglo XX. Esta política se vio reforzada con la

cómo determinada organización puede transformarse en una *estructura de rebelión* cuando se inserta en la lógica del conflicto social. Por otra parte, un análisis general sobre la conformación histórica de la ciudad de El Alto puede verse en **Puente, F. y Longa, F.**, “El Alto: los dilemas del indigenismo urbano”, en *Bolivia. Memoria, insurgencia y movimientos sociales...*, pp. 97-123

³³ **Tapia, L.**, *op. cit.*, p. 186

apertura de las listas electorales a intelectuales y personalidades de reconocida trayectoria en la izquierda marxista y nacionalista, lo cual facilitó al MAS-IPSP una mayor recepción urbana, multisectorial y plurirregional.³⁴

Así, luego de la “segunda guerra del gas” de 2005, que forzó la renuncia del Presidente Carlos Mesa y el llamado a elecciones anticipadas para Diciembre de ese año, el MAS se convirtió de hecho en el *instrumento político* que canalizó las expectativas de cambio de un enorme y heterogéneo movimiento popular, resultando electo Evo Morales con el 53,7% de los votos y abriendo una nueva etapa en la historia de Bolivia.

Conclusión:

En estas páginas he intentado abordar una temática de gran complejidad y riqueza, como es la heroica historia de lucha del pueblo boliviano y, en particular, su último gran hito, que se inicia con las revueltas de comienzos de siglo y culmina con la asunción del primer Presidente indígena en la historia del país andino.

La contradictoria combinación de las tradiciones nacional-popular, indianista y marxista, que nutrió aquellas luchas y contribuyó a este primer desenlace favorable del proceso, determina también, en buena medida, el carácter del gobierno de Evo Morales. Si bien esas tres *concepciones del mundo* actuaron en forma concurrente en la “fase destituyente” del proceso (es decir, en las luchas contra el estado de cosas anterior), la relación entre ellas, históricamente, no ha estado exenta de contradicciones, tensiones e incluso enfrentamientos más o menos abiertos³⁵; y esas tensiones, con el arribo de Evo Morales al poder, no dejaron de reflejarse al interior del gobierno y en su relación con los movimientos sociales afines a su liderazgo³⁶.

³⁴ **García Linera, A.**, *op. cit.*, p. 390; **Do Alto, H.**, *op. cit.*, pp. 41-42

³⁵ Hemos visto, en este sentido, periodos de división entre un movimiento obrero influenciado por el marxismo y un campesinado enrolado en el proyecto nacionalista revolucionario, así como tensiones entre esas dos corrientes y el indianismo katarista, que en su *fase formativa* debió constituirse en franca oposición a ambas.

³⁶ No nos referimos aquí, desde ya, a las corrientes que, conservando cierto ascendiente sobre sectores populares, adoptaron una postura de oposición abierta al gobierno de Morales. En el extremo de este espectro se ubica el sector de la COB liderado por Jaime Solares, anclado en un discurso obrerista y ultraizquierdista (propio del “marxismo primitivo” del siglo XX), pero llamativamente concurrente con acciones desestabilizadoras de la derecha boliviana, como quedó demostrado con la convocatoria a una “huelga general” durante la aguda crisis política de 2008, iniciada con la matanza de campesinos

Incluso desde antes del triunfo electoral de 2005, al interior de la bancada parlamentaria del MAS-IPSP comenzó a percibirse cierta fricción entre los diputados de extracción indígena y campesina y los “clasemedieros” (intelectuales) incorporados a partir de 2002. Una vez en ejercicio de la Presidencia, Evo Morales debió buscar un equilibrio entre la necesidad de garantizar una razonable centralización en el control del Estado y cierta tendencia de los movimientos sociales a una concepción “corporativa” o “patrimonialista” en el control de las áreas de la administración que les fueron asignadas. Asimismo, la escasez de cuadros técnicos y administrativos con experiencia en la gestión de áreas clave como economía, minería y energía, hizo que éstas permanezcan en manos de los “especialistas”, en detrimento de la idea original de *cogobierno* con los movimientos sociales, lo cual generó no pocos resquemores en éstos.³⁷

Por otra parte, el aporte del marxismo al nuevo gobierno ha sido importante desde el punto de vista teórico y político, con la incorporación de intelectuales y cuadros de esa extracción, entre los cuales se destaca la figura del Vicepresidente García Linera. Sin embargo, de las tres *concepciones del mundo* abordadas en este trabajo, el marxismo parece ser la menos gravitante en el *laboratorio político* boliviano. En este sentido, como sostiene Maristella Svampa, el énfasis que pone García Linera en la relación entre el indianismo y el marxismo, en su afán de subrayar la ruptura del actual proyecto con todas las experiencias del pasado, tiende a soslayar los evidentes elementos de continuidad con la experiencia nacional-popular surgida de la revolución del '52.³⁸

En general, diversos autores coinciden en sostener que este componente nacional-popular, teñido de ciertos matices neodesarrollistas, fue acentuándose durante el gobierno del MAS, en detrimento de los elementos marxista e indianista, hasta el punto de generar descontentos y protestas de comunidades indígenas que se oponen al desarrollo de determinados proyectos productivos y de infraestructura. El dilema entre una lógica de aumento de la producción

indígenas en Pando y motorizada por las ambiciones separatistas de las élites de los departamentos del Oriente.

³⁷ Do Alto, H., *op. cit.*; Stefanoni, P., “Las tres fronteras de la ‘revolución’ de Evo Morales...”, en *Bolivia. Memoria, insurgencia y movimientos sociales...*

³⁸ Svampa, M., Introducción al libro *Bolivia. Memoria, insurgencia y movimientos sociales...*, pp.5-18

primaria, así fuere con fines de redistribuir la renta generada, y sectores del movimiento indígena y popular que privilegian la preservación del entorno natural y su modo de vida, se presenta como uno de los desafíos de más difícil resolución, no sólo para el gobierno boliviano sino también para otros de la región.

Este deslizamiento hacia una perspectiva neodesarrollista, más bien anclada en la tradición nacional-popular o en el “marxismo primitivo”, se expresa incluso en la posición del propio García Linera, quien ha denominado al proyecto económico vigente en Bolivia con el difuso apelativo de “capitalismo andino-amazónico”, aplazando por el lapso de cincuenta años la perspectiva de un pasaje del *posneoliberalismo* al *poscapitalismo*.³⁹

No es la intención de quien escribe abrir un juicio concluyente acerca de un proceso revolucionario que aún está abierto, sino simplemente llamar la atención sobre las contradicciones y limitaciones que históricamente han signado a las experiencias nacional-populares latinoamericanas, entre las cuales se inscribe no sólo el Nacionalismo Revolucionario boliviano, sino también el peronismo en la Argentina o el cardenismo mexicano, por citar sólo los casos más conocidos. Estas experiencias, que por una parte expresaron e impulsaron profundas transformaciones económicas, sociales y políticas, también se han visto sometidas a una declinación paulatina (como en el caso mexicano, donde el mismo partido, sin solución de continuidad, encarnó el proyecto populista y su liquidación), o bien se han mostrado indefensas ante la reacción oligárquico-conservadora (como en el caso del primer peronismo, desplazado por un golpe cívico-militar).

Es decir que la historia de nuestro continente, hasta el momento, ha demostrado que las experiencias democrático-populares no se desarrollan armónicamente durante décadas, sino que tienden a retroceder, la mayor parte de las veces catastróficamente, una vez que dejan de avanzar. En este sentido, tal vez la Revolución Cubana sea un “contraejemplo” valioso, por tratarse de una revolución democrático-popular y agraria que, por su propia dinámica, adoptó posiciones antiimperialistas para trascender finalmente el capitalismo.

³⁹ “Evo simboliza el quiebre de un imaginario restringido a la subalternidad de los indígenas”. Entrevista a García Linera, citada por **Stefanoni**, P.: “¿Pueblo enfermo o raza de bronce? Etnicidad e imaginación nacional en Bolivia (1900-2010)”, en *Debatir Bolivia...*

Lo dicho no significa, ni mucho menos, que se pretenda postular al socialismo como *la solución* infalible y definitiva para la emancipación de los pueblos del continente en general, ni del boliviano en particular. Pero mientras el modo de producción capitalista sea la forma social predominante a nivel latinoamericano y mundial, la crítica marxista seguirá siendo, a juicio de quien escribe, una herramienta insoslayable para comprender la totalidad de lo social y luchar por su transformación.

Por otra parte, sin embargo, la contradictoria experiencia del siglo XX ha demostrado sobradamente que el marxismo, si bien *necesario*, no resultó *suficiente* para dar respuesta a diversos fenómenos que, en el siglo XXI, cobran una relevancia fundamental. Entre ellos podemos mencionar no sólo la compleja cuestión del Estado y la democracia, sino también la dimensión ecológica y la relación de la humanidad con la naturaleza. En este sentido, el “marxismo primitivo” actuó, en buena medida, como una herramienta legitimadora de la depredación capitalista del tercer mundo y de la supresión de culturas que tenían y tienen mucho que aportar al futuro de la humanidad.

Es en este punto donde el indianismo se revela como una *razón revolucionaria* dotada de un enorme potencial, ya que plantea, por ejemplo, una concepción orgánica y armónica de la relación hombre-naturaleza y una dimensión del tiempo histórico concebido desde una lógica cíclica y de constante regeneración, opuestas ambas a la perspectiva lineal e instrumental impuesta por la lógica técnico-industrial de Occidente.

En conclusión, considero que las *concepciones del mundo* populista, marxista e indianista, así como fueron potentes instrumentos para el desarrollo del *ciclo de rebelión* iniciado con el cambio de siglo, tienen mucho que aportar de cara al futuro, no sólo de Bolivia sino de toda Nuestramérica. Por lo cual, sin pretender ocultar o sortear los puntos de tensión y conflicto, estas tradiciones deberán permanecer unidas en su diversidad. Tal vez del fruto de este diálogo dependa en buena medida el destino de nuestro continente.

Bibliografía

- **Do Alto**, Herve, “Cuando el nacionalismo se pone el poncho. Una mirada retrospectiva a la etnicidad y la clase en el movimiento popular boliviano (1952-2007), en Svampa, M. y Stefanoni, P. (comp). *Bolivia. Memoria, insurgencia y Movimientos sociales*. Buenos Aires, El Colectivo-CLACSO, 2007.pp. 21-53.
- **Fornillo**, B., “Intelectuales y política en la ‘Era Katarista’”, en Svampa, M., Stefanoni, P. y Fornillo, B. (comp)., en *Debatir Bolivia. Perspectivas de un proyecto de descolonización*. Buenos Aires, Taurus, 2010. pp. 61-96
- **García Linera**, A. “Indianismo y marxismo, el desencuentro de dos razones revolucionarias”, en *La potencia plebeya*. Buenos Aires, Prometeo, 2008. pp. 373-392.
- **García Linera, A.** “La sublevación indígena popular en Bolivia”. En: *Chiapas* nº 16, México, ERA- Il Ec., 2004. pp. 125-142
- **García Linera**, “Narrativa colonial y narrativa comunal. Un acercamiento a la rebelión como reinención de la política” (1998), en *La potencia plebeya...*, pp. 193-208
- **Mires**, Fernando. *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*. México, Siglo XXI, 1988. Cap. 4. “Bolivia: La revolución obrera que fue campesina”, pp. 158-223
- **Puente**, F. y **Longa**, F., “El Alto: los dilemas del indigenismo urbano”, en *Bolivia. Memoria, insurgencia y movimientos sociales...*, pp. 97-123
- **Stefanoni**, P., “Las tres fronteras de la ‘Revolución’ de Evo Morales. Neodesarrollismo, Decisionismo, Multiculturalismo”, en *Bolivia. Memoria, insurgencia y movimientos sociales...* pp. 67-96
- **Stefanoni**, P.: “¿Pueblo enfermo o raza de bronce? Etnicidad e imaginación nacional en Bolivia (1900-2010)”, en *Debatir Bolivia...* pp. 97-133
- **Svampa**, M., Introducción al libro *Bolivia. Memoria, insurgencia y movimientos sociales...*, pp.5-18
- **Svampa**, M., El “laboratorio boliviano”: Cambios, tensiones y ambivalencias del gobierno de Evo Morales, en *Debatir Bolivia...*
- **Tapia, L.** “Bolivia, ciclos y estructuras de rebelión”. En *Bolivia. Memoria, insurgencia y Movimientos sociales...*, pp. 171-188
- **Ticona Alejo**, E. “La Rebelión aymara y popular de octubre de 2003. Una aproximación desde algunos barrios paceños de La Paz, Bolivia”. En Dávalos, P. (comp). *Pueblos Indígenas, Estado y Democracia*. Buenos Aires, CLACSO, 2005.